

Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la *ciencia ficción*



Mariano Martín Rodríguez
INVESTIGADOR INDEPENDIENTE

© Mariano Martín Rodríguez, 2021



Historia de la ciencia ficción latinoamericana I. Desde los orígenes hasta la modernidad

Edición y dirección de Teresa López-Pellisa y Silvia G. Kurlat Ares

Madrid – Frankfurt am Main: Iberoamericana – Vervuert, 2020

507 pp.

A la hora de escribir historia de la literatura, existe una costumbre académica que, sin limitarse a España, ha tenido ahí un fructífero desarrollo. Se trata de la realización de volúmenes colectivos dedicados a la literatura en una lengua en su conjunto o limitada a determinadas clases de aquella. Tales volúmenes se componen de capítulos monográficos dedicados a un aspecto o período cronológico de esa historia escritos por especialistas reconocidos en la materia. Como son las personas que, en principio, más saben del tema quienes escriben de él, el resultado rara vez decepciona. A diferencia de las historias escritas por una única persona, que adolecen ineluctablemente de las lagunas de sus conocimientos y, lo que es tal vez peor, de sus prejuicios en método e ideas, las historias colectivas permiten que cada colaborador aporte los resultados más sólidos de su investigación especializada, al tiempo que la necesidad de armonizar los capítulos contribuye a difuminar aquello que la influencia de la idiosincrasia personal podría haber hecho más discutible desde el punto de vista del conocimiento histórico documentado. Por otra parte, la autoría múltiple también presenta riesgos. No todos los colaboradores tienen el mismo grado de conocimiento de su materia o el mismo rigor académico a la hora



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

de tratarla. Sin embargo, es un peligro fácil de conjurar si quien edita científicamente el volumen actúa para nivelarlo hacia arriba o, incluso, lo complementa con colaboraciones propias que colmen posibles lagunas.

El valor de este método de historiar la literatura ha quedado demostrado últimamente gracias a algunos libros españoles que permanecerán sin duda como obras imprescindibles de consulta. Entre los ejemplos más claros de ello cabe mencionar dos volúmenes complementarios y procedentes del mismo grupo de investigación dedicados respectivamente a la ficción fantástica y a la científica en todos sus medios, no solo la literatura, y ambos publicados por la editorial académica hispano-alemana Iberoamericana-Vervuert. El primero, editado por David Roas, se titula *Historia de lo fantástico en la cultura española contemporánea* (1900-2015) (1917) y el segundo, editado por Teresa López-Pellisa, *Historia de la ciencia ficción en la cultura española* (2018). Ambos se beneficiaron indudablemente de la existencia de bastantes estudiosos de esos dos tipos de ficción en la Hispanística peninsular, quienes habían ido publicando en las últimas décadas un buen número de ensayos dedicados a diferentes aspectos o tiempos de la literatura fantástica y fictocientífica española. Esta labor previa sirvió de base a los panoramas colectivos y globales que hacen de aquellos dos libros verdaderos hitos académicos, y no solo en España¹. En cambio, el siguiente li-

bro de la serie, *Historia de la ciencia ficción latinoamericana I. Desde los orígenes hasta la modernidad*, también (co)editado por López-Pellisa y concebido como un proyecto complementario a la historia de la ciencia ficción española. Este nuevo libro dedicado a la ciencia ficción en la hispanoesfera² americana³ sufría, en compa-

angloamericanas. Conociendo lo reacios que son los investigadores de la francoesfera a mencionar nada que no sea propio o que no proceda de la angloesfera como cultura hoy hegemónica, se trata de un indicio muy claro del valor del libro español así recomendado.

² A falta de un término más exacto, procede pedir disculpas por anticipado por utilizar un término derivado de Hispania, la denominación latina de las provincias de la Península Ibérica pertenecientes al Imperio Romano (*Imperium Romanum*). Al hablar de hispano (hispanoesfera, Hispanoamérica y sus derivados, etc.), el término se limita a la cultura en lengua castellana, esto es, la lengua originaria de Castilla que evolucionó en esa región hasta alcanzar su norma lingüística propia, por lo que es preferible denominarla así en vez de *española*, puesto que existen otras lenguas españolas también normalizadas que no son el castellano. Sin embargo, tratándose de Hispania, habría que incluir también el portugués, tanto europeo como de ultramar, de modo que Hispanoamérica debería abarcar Brasil. A este respecto, tampoco Iberoamérica sería admisible en rigor, ya que nunca hubo una provincia de Iberia en la historia y los pueblos prerromanos de lengua o lenguas ibéricas ocupaban tan solo una pequeña parte de la península europea a la que dieron nombre. Por ser más amplio, y porque el castellano es una lengua derivada del latín, parece preferible el término de Latinoamérica que propusieron algunos pensadores criollos de la América castellano-parlante recién independizada y abrazaron con entusiasmo los invasores franceses de México enviados por Napoleón III desde su corte imperial de París y luego derrotados, salvo en lo que se refiere a aquella denominación. Esta se ha ido luego limitando a la América de lengua

¹ El número monográfico dedicado al teatro de la revista académica francesa sobre ciencia ficción *Res Futurae* indica en su selecta bibliografía los tres capítulos dedicados a la producción dramática fictocientífica del libro español editado por López-Pellisa, y se trata de las únicas entradas que no son francesas o



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

castellana, como si no hubiera muchos millones de americanos que hablan otras lenguas derivadas de latín como lo son el portugués (Brasil) y el francés (Quebec y otras regiones de Canadá, islas antillanas colonizadas por Francia o independizadas de este país, Guayana). Excluir esos de Latinoamérica a todos esos millones de personas parece histórica y culturalmente ofensivo. ¿Cómo se puede decir que no son latinos los quebequeses francófonos, que descienden directamente en su inmensa mayoría de ciudadanos romanos de Galla (todos los galorromanos, igual que los hispanorromanos lo eran desde la *Constitutio Antoniniana* del año 212), y decirlo de los descendientes, por ejemplo, de los súbditos de Moctezuma o Atahualpa? Análogamente, acaso también sea ofensivo para los millones de indígenas y sus descendientes, así como para los afrodescendientes, llamarlos *latinos*, cuando solo quienes los subyugaron y explotaron como esclavos fueron *latinos*, en el sentido de hablantes europeos de lenguas derivadas del latín y descendientes en su mayoría de ciudadanos romanos, aunque en puridad, solo sean *latinos* los habitantes de la región itálica del Lacio, cuya capital era y es Roma. Si nos limitamos al criterio lingüístico, no son latinoamericanos únicamente aquellos americanos que hablen y escriban habitualmente en castellano, sino que los son todos quienes lo hagan en cualquier lengua derivada del latín, y más concretamente el portugués y el francés. En realidad, estos últimos también son latinoamericanos y todo estudio que lleve ese adjetivo debería tratar también de ellos. Por eso, induce a confusión que el libro que nos ocupa no lo haga, máxime si consideramos que, en el período considerado, hubo una rica producción fictocientífica en Brasil y, en menor medida, en el Canadá francófono. El libro debería haberse llamado *Historia de la ciencia ficción americana en castellano* para su título correspondiera verdaderamente a su contenido, ya de por sí muy rico. Sería deseable que un volumen ulterior ofreciera a ofrecer lo que falta de lo prometido en el título actual del libro, esto es, unos capítulos dedicados a Brasil, Cana-

ración con el español, un problema de partida muy difícil de resolver, a saber, la desigualdad de la investigación sobre la ciencia ficción según los países. Si el tesón de investigadores de base como Carlos Abraham o la coeditora del volumen, Silvia G. Kurlat Ares, ha permitido que se conozca mejor la riqueza de la ciencia ficción temprana de la República Argentina, el proyecto se enfrentaba a la práctica inexistencia de bibliografía sobre el particular en algunos países, de manera que los capítulos correspondientes del libro no constituyen el resultado de una labor previa, sino que aportan las bases necesarias para cualquier investigación futura. Desde este punto de vista, se trata de trabajos pioneros que realzan la utilidad del volumen y que tienden a confirmar, además, algunas de sus enseñanzas principales, a saber: la ciencia ficción en castellano era, al igual que la peninsular ibérica en el mismo idioma, mucho más rica y variada de lo que haría pensar su práctica ausencia en las historias nacionales de la literatura a ambos lados del Atlántico. Además, no se trata en general de obras literariamente deficientes.

En muchos casos, los autores cuyos textos se comentan pertenecen al canon de la literatura latinoamericana en castellano, y tales autores no dieron muestras de un compromiso literario menor en sus

dá, Haití y las regiones americanas que siguen formando parte de la República Francesa.

³ No se tiene en cuenta en el libro la ciencia ficción escrita en castellano en otros continentes, sobre todo en África (Canarias) y Asia (Filipinas), si bien aquella parece haber tenido ha tenido escaso desarrollo en ambas regiones, que sepamos. En Canarias merecen recuerdo algunas ficciones de Pedro Lezcano (por ejemplo, el curioso «Manifiesto vegetalista», publicado en 1968) y, en Filipinas, la novela *La creación* (1959), de Mariano de la Rosa.



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

obras que presentan las características de lo que luego se denominaría ciencia ficción. Muy al contrario, al igual que demostró el libro similar dedicado a la ciencia ficción española, Leopoldo Lugones y muchos otros escribieron con el mismo cuidado estilístico y estructural que sus obras *realistas* aquellas ficciones cuyas que ambientaron en un futuro racionalmente especulado o en las que desempeña una función fundamental un *novum* o innovación imaginaria de carácter científico o tecnológico. También hubo escritores menos dotados que produjeron pálidas imitaciones de la novela científica (*scientific romance*) inglesa o del maravilloso científico (*merveilleux scientifique*) francés, pero ¿acaso no fueron también legión quienes hicieron eso mismo en el marco de los tipos de ficción sancionados *a priori* como canónicos por la tradición literaria, tales como la narrativa de costumbres o la psicológica? La propia inexistencia en la hispanoesfera de una etiqueta universal para la ciencia ficción es indicio de una realidad socioliteraria que no distinguía, ni en la creación ni en la recepción, modos de ficción que fueran altos o bajos por sus temas o planteamientos. La literatura era entonces una sola, y así se consumía y juzgaba. Aunque solo fuera por eso, este libro merecería contribuir al sueño de una historia de la literatura (y de la ficción audiovisual) en castellano que no excluya, como sigue haciéndolo, su amplio y nutrido campo fictocientífico, al menos en el período más temprano considerado en este primer volumen, cuyas fronteras, con todo, son vagas. Se entiende que abarca «hasta la modernidad», incluida esta.

El propio término de *modernidad* es, de por sí, bastante impreciso. Puede, referirse a la modernidad histórica derivada de la conciencia de un tiempo en constante cambio gracias al desarrollo tecnológico

y sus consecuencias sociales, frente al estatismo anterior a la Revolución Industrial. Puede referirse a un universo estético de contornos cronológicos variables, entre el Romanticismo y la Posmodernidad. Es a esta clase de *modernidad* la que marca los límites cronológicos finales de cada capítulo del libro, que varían bastante según los países, desde 1936 (Colombia) hasta 1988 (Uruguay). Podría pensarse que esas fechas límite corresponden a hitos de la implantación nacional de una *ciencia ficción* propiamente dicha, con su nombre propio y su institucionalidad paralela, a consecuencia de la influencia cultural neocolonial de la angloesfera, triunfante desde al menos la década de 1950 en el ámbito de la ciencia ficción. Sin embargo, no se desprende claramente de los diferentes estudios del libro cuáles son los criterios cronológicos adoptados. Parece que cada colaborador ha disfrutado de plena libertad para decidirlos. Esto podría haber ido en detrimento de la consistencia del libro, pero no hay que olvidar que, al haberse optado por el criterio nacional para su división en capítulos, eso obligaba a tener en cuenta las muy diversas condiciones culturales de cada Estado y región. La historia aún no corría igual de deprisa en todas partes. Las divergencias parecen, pues, justificadas. En cambio, menos lo parecen las existentes entre unos países y otros en el sumario del volumen.

Aparte de la división excepcional de la ciencia ficción argentina en dos capítulos, tal vez por su riqueza (aunque en México no lo es menos, y solo ha merecido uno), no se entiende muy bien porqué se han agrupado todos los países centroamericanos en un único capítulo, pese a las diferencias abismales en las condiciones sociales y culturales entre países como Costa Rica y Guatemala, por ejemplo, lo que se refleja necesariamente en su cien-



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

cia ficción. Tampoco se entiende demasiado el motivo de que sí tengan capítulo propio países como Bolivia o Paraguay, que se podrían haber agrupado con Perú y Argentina, respectivamente. Puesto que la ciencia ficción en aquellos dos países enclavados fue bastante pobre, que sepamos a juzgar por lo investigado hasta ahora, los capítulos correspondientes han de sacar de donde no hay y considerar obras dudosamente fictocientíficas o, incluso, escritas por extranjeros como el español (o rioplatense por adopción) Rafael Barrett. En otros casos, la injusticia que supone dedicar prácticamente el mismo espacio a países con una producción fictocientífica abundante ya entonces y a otros donde es mucho más pobre se compensa mediante el hecho de que estos últimos revelan mayor cantidad de títulos injustamente olvidados, gracias a la gran labor de investigación literaria básica realizada con vistas a la redacción de los capítulos correspondientes, mientras que la ciencia ficción de Argentina o México, por ejemplo, ya era más conocida antes de este libro, habiéndose reeditado incluso varias de sus obras. No obstante, cada capítulo es una fuente de gratas sorpresas.

El primero, dedicado a América Central y firmado por Iván Molina Jiménez, constituye un estudio muy sólido documental y bien estructurado de una región que, por su escasa vertebración industrial en la época considerada (1896-1951), se habría creído poco fértil para una literatura normalmente muy relacionada con el desarrollo científico y tecnológico. Sin embargo, las élites de los países estaban muy desligadas de las difíciles condiciones socioeconómicas de las poblaciones respectivas y se consideraban parte de una clase alta internacional que sostenía las literaturas con un público minoritario, como lo era la ficción utópica y cien-

tífica en aquel tiempo. Por eso no es de extrañar que la ciencia ficción centroamericana temprana se hiciera eco de los grandes temas internacionales de la ciencia ficción, y que lo hiciera sin complejos y a menudo de forma muy creativa, como es el caso, por ejemplo, de las novelas utópicas del guatemalteco Rafael Arévalo Martínez. Sin embargo, la existencia de varias novelas de anticipación política contra el expansionismo estadounidense, sobre todo en Costa Rica, indica que tampoco se desatendieron los intereses centroamericanos propios, de manera que apareció así una interesantísima rama del popularísimo género contemporáneo de las guerras futuras que, a diferencia de la mayoría de sus manifestaciones europeas y norteamericanas, no adolecía de imperialismo. El autor del capítulo así lo explica con rigor y amenidad en un estudio ejemplar, en el que no se aprecia más lunar que la omisión de la producción fictocientífica, relativamente amplia, de un clásico moderno indiscutible como el salvadoreño Álvaro Menén Desleal.

El orden alfabético nos conduce a continuación a Argentina. El primero de los capítulos dedicados a la ciencia ficción de este país es obra de Soledad Quereilhac y abarca el período comprendido entre 1816 y 1930. Su extensión y estructura se parecen a las del capítulo anterior, con el que comparte rigor metodológico e historiográfico. También se divide en varias secciones según el planteamiento temático de las especulaciones ficticias comentadas, cuyo orden obedece asimismo a la sucesión histórica de su boga en el país. La fase de construcción del nuevo Estado se acompañó de utopías, en general más interesantes desde el punto de vista político que del literario. Su consolidación en la segunda mitad del siglo XIX coincidió, sin duda no casualmente, con el apogeo de la



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

cosmovisión positivista y su correlato evolucionista entre los intelectuales, que enriqueció la ciencia ficción con numerosas obras inspiradas de forma más o menos crítica por las corrientes intelectuales europeas de aquel tiempo, incluido el espiritismo. La obra de Eduardo L. Holmberg se destaca justamente, pero la investigadora menciona muchas otras obras interesantes, comentándolas con tino. A continuación, el auge del ocultismo en la Europa decadentista tuvo gran eco en Argentina y, gracias al genio literario de Leopoldo Lugones, ofreció obras maestras universales (a juzgar por sus muchas traducciones), como las que componen su volumen de cuentos *Las fuerzas extrañas* (1906). También se reconoce la aportación de Horacio Quiroga, especialmente en relación con la «fotogenia como hipótesis científico-ocultista» (p. 78), un tema llamado a brillar en la América castellana más que en ningún otro sitio (piénsese, por ejemplo, en Clemente Palma y Adolfo Bioy Casares). Otros méritos de este capítulo es que su autora no olvida que Argentina fue donde escribieron y publicaron su obra fictocientífica autores de otros países, con lo que se indica con razón su centralidad en la historia del género para toda la hispanoesfera, especialmente en las décadas en que el gran desarrollo económico y humano del país estuvo acompañado del auge de la divulgación y de la ficción científicas.

El protagonismo social y, en menor medida, literario de la ciencia hasta 1930 recayó bruscamente a partir de ese año, según se desprende del estudio hecho por Silvia G. Kurlat Ares de la ciencia ficción entre esa fecha y 1979. Son los que denomina «años invisibles» en el título del capítulo. La indistinción anterior en la práctica y la consideración literarias entre ficción científica y de otro tipo se mantuvo

entre determinados autores, por ejemplo, en Adolfo Bioy Casares, pero también se produjo en Argentina el fenómeno, iniciado en los Estados Unidos, de institucionalización paralela de la ciencia ficción, con sus propias instancias de edición y legitimación fuera de los círculos de la literatura llamada general. La estudiosa describe muy bien la complejidad de las relaciones entre esta ciencia ficción y el canon cultural más amplio, gracias a la calidad de creadores relegados en teoría al gueto de la *paraliteratura*, tales como el guionista de historietas Hestor G. Oesterheld y la narradora Angélica Gorodischer. Así se fue subsanando la invisibilidad cultural de la ciencia ficción argentina, una invisibilidad que hoy puede resultar incomprensible dado el hecho de que Argentina fue uno de los escasos países del mundo capaces de competir creativamente y en número y variedad de iniciativas (revistas especializadas, historietas, etc.) con la abrumadora ciencia ficción angloamericana.

La «Ciencia ficción boliviana» propiamente dicha parece ser muy pobre, al menos en la época (1864-1967) objeto del capítulo correspondiente, escrito por Giovanna Rivero. No obstante, esto no justifica que se dedique tanta atención y espacio a diversas obras cuya clasificación en la ciencia ficción es más que dudosa. Traer a colación las teorías de Darko Suvin para hablar de cosas como una «utopía íntima en la interioridad carnal del sujeto» (p. 144) es ajena a cualquier lectura rigurosa de aquellas teorías y tan solo sugiere que por ciencia ficción se entiende aquí prácticamente cualquier cosa. Desde este punto de vista, este capítulo es mucho menos útil para conocer su objeto que la entrada dedicada a Bolivia en *The Encyclopedia of Science Fiction* (<http://www.sf-encyclopedia.com/entry/bolivia>).



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

El capítulo dedicado a la ciencia ficción en Chile entre 1877 y 1973, obra de Macarena Areco Morales, aporta, en cambio, una gran cantidad de información histórica, adecuadamente presentada mediante un logrado equilibrio entre lo temático y lo cronológico. Utopías, anticipaciones políticas, especulaciones optimistas o admonitorias sobre la tecnología, viajes especiales, distopías e historias medioambientales constituyen algunos de los apartados en que la autora divide la ciencia ficción de aquel país, dedicando a las distintas obras que las componen unos análisis muy ponderados que combinan lo literario y lo sociológico, de forma que los lectores se pueden hacer perfecta idea de lo que mucho que aportó Chile a la ciencia ficción hispánica. Además, presta atención a dos modalidades que allí tuvieron un auge relativamente mayor que en otros sitios, a saber: la narrativa sobre civilizaciones perdidas como la Atlántida o supervivientes en enclaves aislados del mundo, como la legendaria Ciudad de los Césares, y la «ciencia ficción religiosa» (p. 176), generalmente contraria a la secularización contemporánea. La atención concedida a esta ciencia ficción conservadora contrasta con el silencio que rodea en el libro a fenómenos similares en otros países, como la vecina Argentina. El capítulo dedicado a Chile no sufre de los prejuicios ideológicos de otros y por eso cabe calificarlo de uno de los más completos e históricamente rigurosos de todo el libro.

La intemperancia ideológica es, en cambio, uno de los defectos que se podrían señalar en el capítulo dedicado a la ciencia ficción colombiana entre 1876 y 1936, cuya autoría corresponde a Campo Ricardo Burgos López. Este analiza por extenso y con fineza las escasas narraciones clasificables en la ciencia ficción en sentido amplio que vieron la luz en ese período,

generalmente obra de autores no demasiado dotados para la literatura salvo José Félix Fuenmayor, en un período muy breve (el de entreguerras mundiales) y curiosamente en una sola ciudad, la caribeña de Barranquilla, que así se convirtió insospechadamente en un centro de producción fictocientífica. Este buen examen de historia literaria se ve desequilibrado por la atención desmesurada que se concede en el capítulo a las diferentes doctrinas políticas cuyo auge se fue sucediendo en Colombia, en general para desgracia de los colombianos, a la vista de la violencia política que asola el país prácticamente desde su independencia. Tal repaso se justificaría por el deseo de explicar la ideología de las obras, una ideología que no debería constituir, por lo demás, un criterio de valor o interés literarios. Lo que no se justifica son determinadas críticas como la condena de que un libro haga «gala de una hispanofilia que es, por momentos, alarmante» (p. 202). Uno se pregunta qué hay de alarmante en la hispanofilia. Si acaso lo alarmantes serían las fobias, entre otras la hispanofobia de la que hace gala el autor de este capítulo, afortunadamente una lamentable excepción en este bien templado volumen.

El problema señalado arriba derivado de la pobreza cuantitativa de la ciencia ficción en determinados países en sus inicios lo soluciona ejemplarmente Emily A. Maguire en el capítulo dedicada a la cubana hasta 1938. Como son escasas las obras de autores cubanos que podrían considerarse especulativas en aquel período⁴, su presentación es muy extensa y

⁴ La estudiosa no tiene en cuenta la obra de autores españoles afincados en Cuba, por ejemplo, Adrián del Valle, autor de *Los diablos amarillos* (1912), una de las escasas novelas en castellano sobre el *peligro amarillo*. Tam-



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

pertinente. Esta pertinencia alcanza al examen equilibrado y metódicamente impecable de las dudas que suscitaría, por ejemplo, la adscripción genérica de *En busca del eslabón* (1875), de Francisco Calcagno, cuyos protagonistas buscan denodadamente un *novum* (el mentado eslabón perdido entre primates y homínidos), pero sin encontrarlo, de manera que esa novela se lee como una gustosa parodia de la novela de aventuras exóticas del modelo verniano. Sea o no clasificable en la ciencia ficción aquella u otras obras comentadas (por ejemplo, la xenoficción mirmecológica «Aventura de las hormigas», de Esteban Borrero Echevarría⁵), la calidad de su análisis literario confiere gran interés, con todo, a este capítulo.

El dedicado a la ciencia ficción ecuatoriana entre 1839 y 1948, escrito por Iván Rodrigo-Mendizábal, es uno de los que aportan más conocimientos nuevos. De gran extensión, lo sostienen una erudición sin fallas y una capacidad expositiva y analítica sobresalientes. Si bien en casi todos los capítulos se señala la existencia de obras fictocientíficas prácticamente desconocidas antes, es en este donde una investigación básica amplia y sostenida ha permitido a su autor revelar una riqueza de la ficción especulativa ecuatoriana que muchos ni sospechábamos, y que la convierte a partir de ahora en una de las principales de América al menos en términos cuantitativos. Entre los numero-

sísimos textos mencionados no parecen encontrarse obras destacables a escala continental, pero tal vez esta carencia no lo sea realmente. Si la ciencia ficción de Lugones y la de Bioy Casares han entrado merecidamente en el canon literario, ambas se benefician de una considerable atención crítica desde hace décadas, mientras que este fundamental capítulo de Rodrigo-Mendizábal tiene carácter pionero. Señala lo mucho que hay y despierta la curiosidad mediante sus breves y sugestivas descripciones del contenido de muchos cuentos, un contenido que parece a menudo original y apasionante desde el punto de vista especulativo. Sería deseable que se pusieran al alcance de otros estudiosos mediante reediciones. Muchos de ellos aparecieron en la prensa y resultan a menudo difíciles de consultar, especialmente desde el extranjero. El estudioso también ha consultado ediciones raras, en una labor imprescindible que otros investigadores internacionales en la materia deberían imitar. Es posible que los países que, hoy por hoy, parecen haber tenido por entonces una ciencia ficción pobre se encuentren en la situación de Ecuador: solo les haría falta una investigación documental básica tan amplia como la acometida por Rodrigo-Mendizábal. Este no excluyó de su investigación los libros de poesía, y su decisión se ha traducido en el hallazgo de una gran cantidad de poemas especulativos y fictocientíficos que hacen de Ecuador una verdadera potencia en el género. Esto no es de extrañar, por otra parte, si se piensa que un poeta ecuatoriano canónico como Jorge Carrera Andrade escribió no pocos poemas de esas características, de los cuales Rodrigo-Mendizábal cita unos cuantos publicados en el período acotado del estudio. Algún otro posterior, como el utópico «Aurosia» *Hombre planetario* (1957), eran conocidos,

poco considera la ciencia ficción de escritores cubanos que desarrollaron su carrera literaria en España, como Alfonso Hernández Catá, al que sí se prestó atención en el volumen dedicado a la ciencia ficción española.

⁵ Este fue autor también de «El ciervo encantado», que es el primer cuento de ambiente prehistórico no local, que sepamos, de las literaturas de América en lengua castellana.



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

pero no lo era prácticamente la producción poética especulativa del Modernismo y el Vanguardismo ecuatorianos. La fusión de poesía, ciencia y especulación que ilustran debió de ser común en otras partes de la hispanoesfera americana, pero tan solo este trabajo saca a la luz.

Una excepción es la lírica especulativa del poeta modernista Amado Nervo, que se ha reeditado y que menciona oportunamente Miguel Ángel Fernández Delgado en el capítulo dedicado a la ciencia ficción mexicana hasta 1960. No obstante, presta más atención, y justificadamente, a los valiosos cuentos fictocientíficos de aquel, tal vez los únicos que pueden rivalizar literariamente con los de Lugones. El resto del capítulo es una amplia y muy informativa exposición de la literatura mexicana de ciencia ficción desde el inicio en 1810 del proceso independentista, siguiendo una ordenación generalmente cronológica de su historia, desde las primeras utopías hasta la modernización «bajo la sombra estadounidense» (p. 291), coincidente con una importación y emulación masivas de la *science fiction* como fenómeno paralelo a la literatura general, como ya vimos que estaba ocurriendo por la misma época en Argentina, aunque con la diferencia fundamental que la cuentística de escritores no especializados prestigiosos, como Juan José Arreola, Carlos Fuentes o Antonio Castro Leal prolongó la sólida tradición mexicana de indistinción en la práctica literaria de los diversos modos de ficción, gracias a la cual la escritura de al menos de un relato de ciencia ficción era común entre los miembros de la república literaria mexicana. Ni Nervo, ni Martín Luis Guzmán ni muchos otros descuidaron sus exigencias estilísticas y conceptuales al escribirlos, y de ahí la alta calidad literaria general de la ciencia ficción mexicana, la cual queda bien explicada en este útil repaso histórico.

Solo echaríamos en falta la división de este capítulo en dos a fin de haber podido profundizar en mayor medida en la producción fictocientífica del país e, idealmente, ampliar su documentación. Un único capítulo, aunque sea tan bien pergeñado como este, se queda estrecho.

En cambio, se queda más que ancho el dedicado a Paraguay (1811-1953), del que solo se puede decir que su autor, Hebert Benítez Pezzolano, bastante hizo con salir bien airoso de la empresa de escribir sobre algo prácticamente inexistente: el mismo autor afirma que la primera novela de ciencia ficción es de 1974.

El capítulo sobre Perú, cuyo límite cronológico es 1959, es obra de un conocido investigador de la ciencia ficción de ese país, Elton Honores Vásquez, quien ha publicado varios libros sobre el tema. Como era de esperar dados sus antecedentes, este capítulo adopta al principio una estructura de exposición histórica por orden cronológico, por la cual se presentan las principales obras y tendencias de la ciencia ficción peruana en su contexto, haciendo hincapié justamente en la historia literaria, desde el período de formación en el Modernismo, con la figura principal de Clemente Palma y sus relatos apocalípticos, hasta llegar a la década de 1950, pasando por la vanguardia y sus experimentalismos varios, también en el ámbito fictocientífico. En esta presentación histórica se presta atención sobre todo a los cuentos, mientras que las secciones siguientes se dedican cada uno a un género. En primer lugar, Elton Honores Vásquez habla de varias obras de «teatro distópico» (p. 326), de manera que es el único capítulo que revela su existencia en América latina⁶. También dedica una sec-

⁶ En sentido estricto: no me constan estudios semejantes dedicados, de existir, al teatro



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

ción relativamente extensa a las «historietas⁷ de CF» (p. 334). Ambas demuestran la loable amplitud de su visión crítica e histórica, algo que confirma asimismo la consagrada al comentario de varias novelas de autores peruanos, por ejemplo, la curiosísima epistolar *Lima de aquí a cien años* (1843), cuya reedición mereció reseña en *Hélice*⁸. Otras de gran interés también se han reeditado hace poco, tales como *El hijo del doctor Wolffan (un hombre artificial)* (1917), de Manuel A. Bedoya, en Perú, y *Mosko-Strom* (1933), de Rosa Arciniega, en España, siendo ambos escritores españoles desde el punto de vista de su carrera literaria. También dispone de reedición reciente *XYX* (1934), de Clemente Palma⁹, de modo que la ciencia ficción literaria peruana se encuentra hoy en una situación relativamente mejor que otras de su continente desde el punto de vista de su recuperación editorial y académica.

La ciencia ficción de Puerto Rico y la República Dominicana se trata en un único capítulo, escrito por Lucía Leandro Hernández. La escasez de obras debió de

obligar a esa investigadora a elegir períodos cronológicos muy distintos. En Santo Domingo, ese es el comprendido entre 1967 y 1984, que correspondería ya, en mi opinión, al segundo volumen prometido de esta historia de la ciencia ficción latinoamericana (por así decir). En cambio, la ciencia ficción de Puerto Rico, iniciada mucho antes, permite una historia más extensa y pertinente, entre 1872 y 1960. No obstante, no se mencionan novelas, salvo la doble protagonizada por un personaje llamado Póstumo, que transmigra por medios que no son ni tecnológicos ni racionales o especulativos, por lo que su clasificación en la ciencia ficción se presta a discusión. Lo mismo ocurre con varios de los cuentos que se comentan en el capítulo, mientras que otros sí lo son. Su análisis literario de todos ellos presenta el grado de detalle y rigor crítico necesarios para que nadie se llame a engaño y disfrute, en cambio, del buen trabajo de comentario realizado, que una amplia bibliografía complementa útilmente.

Ese grado de detalle es aún mayor en la historia de la ciencia ficción uruguaya hasta 1988 acometida por Jesús Montoya Juárez. Al igual que Ecuador, el pequeño país sudamericano ha tenido la suerte de contar con un especialista al que no parecen haber escapado ni relatos casi desconocidos de revistas como *Caras y Caretas*. Su labor documental encontraba, además, el obstáculo de distinguir escritores uruguayos y argentinos e en el seno de una república literaria en gran parte común. Por ejemplo, Horacio Quiroga aparece tanto en el capítulo sobre Argentina como en este. Por ello, cabe leer los capítulos de ambos países como complementarios, aunque la ventaja desde el punto de vista de la erudición corresponde al Uruguay, cuya ciencia ficción revela Montoya Juárez. Este hace hincapié en los distintos

fictocientífico brasileño o francocanadiense, por ejemplo.

⁷ Afortunadamente, el autor utiliza este término correcto en nuestra lengua, en lugar del barbarismo *comic*, un feo calco tan producto de la *cocacolonización* cultural que sufrimos como lo es *film*, en vez de *película*.

⁸ Concretamente, en el volumen IV, número 10 (2018), pp. 73-82. Los datos bibliográficos de la reedición son los siguientes: Julián M. del Portillo, *Lima de aquí a cien años*, edición y estudio preliminar de Marcel Velázquez Castro, Lima, San Marcos, 2014.

⁹ Concretamente, en el tomo II de la *Narrativa completa* de Clemente Palma, editada científicamente por Ricardo Sumalavia y publicada por la limeña Pontificia Universidad Católica del Perú en 2006. Sus cuentos figuran en el tomo I.



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

autores, algunos muy famosos (el propio Quiroga, Pedro Figari, aunque este más como pintor que como el creador de la fictoetnográfica *Historia kiria*, de 1930) y otros que lo son mucho menos, y por eso mismo suscitan gratas sorpresas. Como se presta la atención adecuada a todos ellos, el capítulo es uno de los más largos e informativos del volumen. Por esta razón, extraña la larga duración del período considerado. Limitándolo a la primera etapa de la ciencia ficción uruguaya (1877-1968), hay ya material suficiente para tener bien ocupados a lectores curiosos y a ulteriores investigadores. Los veinte años que siguen (1968-1988) habrían figurado mejor quizá en el segundo volumen de esta historia, pero mientras lo esperamos, podemos agradecer la enorme cantidad de información interesante y bien presentada y la bibliografía que se nos ofrecen.

El último capítulo nacional, el de ciencia ficción venezolana entre 1861 y 1955, es obra de Carlos Sandoval, autor también de una historia de la ficción fantástica en su país. Tal vez por su interés en esa modalidad paralela de las literaturas que los franceses llaman de *l'imaginaire* (lo imaginario), Sandoval comenta no solo cuentos y novelas indudablemente ficto-científicas, sino también otros que calificaríamos más bien de fantásticos o incluso maravillosos (por ejemplo, la historia de un mago contada en «La máquina de la felicidad», cuento de Jesús Enrique Losada publicado en 1938 y al que se dedica una sección entera del capítulo). No obstante, en este capítulo también se describe con un alto nivel de profesionalidad filológica una serie de obras que, en conjunto, dibujan un panorama bastante variado y abundante de la ciencia ficción venezolana, en el que se hace hincapié en los cuentos de Julio Garmendia, un ejemplo más de cuentista latinoamericano ca-

nónico que no hizo ascos a la ciencia ficción. No por ello se descuidan otros autores y obras en este panorama, concebida modestamente por Sandoval como un simple «primer tramo de una potencial historia de la CF venezolana» (441), a la espera de nuevas investigaciones que vayan colmando sus inevitables lagunas. Pese a ellas, la aportación de Sandoval es considerable, como no lo es menos la de la mayoría de los colaboradores del libro.

Su labor ha sido ingente y los resultados, extraordinarios, sobre todo si se piensa en la precaria situación de la investigación filológica, que tanto se descuida en numerosas universidades de lengua castellana, allí donde se prefiere a la ingrata y paciente documentación la corrección política e ideológica dictada desde los campus estadounidenses por los mandarines de los Estudios Culturales¹⁰, mientras que el

¹⁰ Lo que así se critica es que los Estudios Culturales colonicen por entero las facultades de Letras, aunque pueda reconocérseles a veces cierta utilidad, aparte de su principal objetivo de formatear ideológicamente a los estudiantes, siempre que los realicen personas con una sólida formación histórica y filológica previa. Por ejemplo, en el capítulo final del libro, en el que Teresa López-Pellisa sintetiza la historia de la ciencia ficción americana en castellano atendiendo sobre todo a diferentes cuestiones populares en aquellos «estudios», nunca pierde de vista que se trata, en primer lugar, de obras literarias que se inscriben en un contexto literario determinado y que su lectura atenta y fiel ha de guiar la labor interpretativa aun en el examen del tratamiento por los autores estudiados de cuestiones como el sexo y la reproducción, el racismo y la eugenesia, la relación con la naturaleza (ecocrítica), y la identidad cultural perceptible a través de los mitos y tradiciones, además de las cuestiones geopolíticas que eran de candente actualidad en la época y que inspiraron por ello numerosas obras ficto-científicas en América y en el



Un panorama ejemplar de la ciencia ficción escrita en castellano en América antes de la ciencia ficción

trabajo arqueológico de descubrimiento y divulgación de la propia literatura queda en manos de algunos profesores y de aficionados e investigadores independientes que resisten a las modas llegadas de la Norteamérica angloparlante¹¹, en la que la filología no se aprecia, simplemente porque apenas se estudia y donde pocos conocen sus métodos, de manera que se puede decir que no existe una historia de la ciencia ficción estadounidense de este período inicial que se pueda comparar ni de lejos con esta. Y si se alega que una historia de la literatura de la ciencia ficción angloamericana anterior a la *genre science fiction* sería demasiado amplia como

para caber en un volumen, contestaremos que, en la época de su primer desarrollo distó de ser tan abundante como lo sería a partir de la década de 1930 y que, de todos modos, si algo hay que enseña esta historia que reseñamos es que la América castellanoparlante no se quedaba muy atrás a ese respecto. La literatura no se produce como los automóviles o los misiles. Cuenta algo el genio individual, y la lengua que se honra con los cuentos especulativos de Jorge Luis Borges no ha de considerar su literatura inferior a ninguna otra entre las americanas. Su ciencia ficción temprana, tampoco.

resto del mundo. Así consigue que su capítulo sea una síntesis del libro que complementa y unifica desde una perspectiva crítica rigurosa y actual, en la que su dominio del método filológico presta sólidos cimientos a la perspectiva *cultural*, cuyas afirmaciones sí están aquí bien documentadas.

¹¹ La situación no es la misma en la angloesfera europea. Tanto en el Reino Unido como en Irlanda, las historias de la ciencia ficción temprana (las de Brian Stableford y Jack Fennell, respectivamente) son equiparables a las mejores producidas en la Europa continental (por ejemplo, la rumana de Mircea Opriță o la española colectiva editada por López-Pellisa).